Aparece una joven india: tiene diecisiete años, brazos de ámbar, rostro puro, grandes ojos en almendra, brillantes trenzas negras. Es la hija del jardinero. "Una joven india inocente que me testimonia un afecto ingenuo que me es muy dulce. ¡Se está tan solo en la vida!", suspira Maximiliano. En esta ocasión, no es una aventura efímera. Es una relación. La muchacha va y viene como quiere. Hay en el muro del jardín una puerta estrecha, exactamente lo demasiado ancha para que se deslice por ella una persona. "Siempre estaba cerrada, pero esta puerta podría contaros muchas cosas curiosas sobre las personas que la usaban", le confía Grill, el valet de cámara, a Blasio, el secretario.

Cuando está en Chapultepec, Maximiliano se ausenta con frecuencia solo. Para ir a Cuernavaca. Y un día se sabe que la hija del jardinero será madre. Entonces, ¿los ruidos que corren acerca de la estirilidad de Maximiliano son, pues, falsos?

*
* *

Carlota es una mujer frustrada, herida. Vivió su adolescencia en un clima de hierro y de hielo. Un padre que la adora pero a quien le repugna expresar su ternura; austera educación de princesa; gusto por lecturas serias; todo ha concurrido para hacer de ella una joven encerrada, concentrada, replegada en sí misma que se ha forjado una voluntad inflexible. Durante un momento se ha abierto: encontró a Maximiliano, estuvo enamorada de él. Y luego, al cabo de algunos meses, la ruptura, silenciosa pero total. Carlota no tiene indulgencia por las calaveradas de un esposo. No perdona. ¿Acaso esta decepción reforzó en ella la ambición atávica? Le falta amor. Cree ella que se desquitará ocupando un trono. "Una Lady Macbeth, menos el crimen", escribe un contemporáneo.

Muy pronto la privará Maximiliano del papel que empezó a desempeñar, ¡y con qué ardor! Ella se ocupa en cosas de asistencia y de enseñanza, por lo demás, con éxito, porque gracias a su impulso, los progresos son rápidos en estos dos dominios. Funda el *Colegio Carlota,* establece su programa y lo dota de quinientos mil francos.

Pero asiste rara vez al consejo de ministros. Cuando se presenta, debe abandonar la sala si Maximiliano le hace una seña. Para entrar a donde se halle el emperador, debe hacerse anunciar, a menos que él la haya "convidado". A un oficial superior que se queja de no haber podido obtener una audiencia con Maximiliano, le responde: "No tengo mejor suerte

que vos, y sin embargo, podéis creerlo, tengo algún derecho a ver que se abran ante mí las puertas del despacho del emperador".

Frustrada en su amor, frustrada en su ambición, Carlota lo es también en su deseo de maternidad. Sabe que Maximiliano se siente decepcionado de no tener un hijo. En sus cartas, Sofía le habla de Rodolfo y de Gisela, hijo e hija de Francisco José; de Otto y de Francisco Fernando, hijos del archiduque Carlos. La emperatriz se dirige a Nuestra Señora de Guadalupe, con la esperanza de que se le conceda esa petición. Cuando sabe del embarazo de la hija del jardinero de Cuernavaca, experimenta un choque. Así pues, ¿es ella la que es estéril? ¿Incapaz de darle un heredero al imperio?

Cuando Maximiliano, preocupado por el porvenir de su dinastía, le comunica su proyecto de adoptar a un descendiente del emperador Iturbide, es para ella la muerte de toda esperanza. Ya ha pensado en convertir a su hermano más joven, Luis Víctor, en príncipe heredero, pero éste rehusó. Entonces el padre Fischer, un sacerdote intrigante y de dudosa moralidad que ha tomado extraordinario ascendente sobre Maximiliano, le sopló aquella idea. El general Iturbide, uno de los autores de la liberación en 1821, se hizo coronar en 1822 emperador de México en la catedral de la capital con el nombre de Agustín I. Reinó un año, pues fue arrojado por una conspiración republicana. Pero su nombre conservó cierta popularidad y tiene descendientes. ¿Por qué no asociar a los dos imperios? Dos de los nietos de Iturbide se le ofrecen al emperador para que elija: uno de edad de dos años que se llama Agustín, como su abuelo, y el otro de quince años.

No le disgusta la idea a Maximiliano. Lo que le molesta, es proponérsela a Carlota. Sin embargo, se decide. Con esta perspectiva de "adopción" la emperatriz se siente irritada, y luego desgarrada. Durante dos días y dos noches lucha consigo misma. Luego, bruscamente, anuncia que quiere ir a casa de los Iturbide. Designa al más pequeño: es tan hermoso, fresco y rosado. "Tomad a éste", dice, aun cuando lo juzga "no muy bien educado".

Empiezan las discusiones. El emperador les propone a los padres de Agustín, Ángel Iturbide y Alicia Green, norteamericana, darle a su hijo el título de príncipe; de encargarse de su educación. Les pasará una renta a todos los miembros de la familia que se comprometan a salir de México y a no regresar a este país sin permiso del soberano. Todos, excepto Josefa, hija de Iturbide y tía de los dos jóvenes príncipes (pues el mayor deberá recibir el mismo título que su primo), la cual

será alojada en el palacio imperial en donde podrá vigilar a sus sobrinos.

Primero se rechaza con indignación la proposición. Luego, viene el tiempo de la reflexión. ¿Por qué no aceptar la fortuna que se ofrece, en vez de vivir bajo la amenaza de la pobreza y del destierro? Sin embargo, doña Alicia, madre de Agustín, mujer muy hermosa de veinticuatro años que no puede resolverse a separarse de su hijo, persiste en su rechazo. No obstante, terminará por ceder. El 15 de septiembre de 1865 se firma un acuerdo secreto entre los hijos de Agustín de Iturbide y Su Majestad Imperial. Se dijo que el emperador, queriendo honrar la memoria de Iturbide, se constituía en tutor de los príncipes; por otra parte, se arreglan las cuestiones materiales. Firman todos los Iturbide.

Agustín fue adoptado. Sus padres harán un viaje a Europa que durará muchos años. Se le educará como un Habsburgo, y para él la emperatriz se llamará "Mamá Carlota".

Maximiliano ordena que todos los papeles relativos al asunto Iturbide se depositen en una caja especial de los archivos secretos de Miramar. El señor Radonetz, prefecto del castillo y hombre de confianza, recibirá instrucciones para que, por orden del emperador, pueda hacer extractos de estos documentos o publicar algunas notas.

El objeto de esta adopción, afirma Carlota, no es asegurar un sucesor para el trono, sino un acto "de simple justicia de parte de Max, a fin de tomar bajo su protección a los descendientes de un emperador que no era de sangre real". ¿Rehúsa, en su orgullo herido, considerarse como definitivamente vencida, como incapaz de convertirse jamás en madre?

Ha cambiado mucho en unos cuantos meses. Se aísla. Triste y desalentada, se torna sombría y severa. En su boca se forma un pliegue de malhumor, su mirada se endurece, su expresión se hace más desdeñosa. Se hace más frecuente el gesto, notado con frecuencia por las mujeres que la rodean, de desgarrar con los dientes su pañuelo, lo que traiciona la tensión interior. Le toma odio a Cuernavaca y a ese pequeño chalet indio El Olvido, que ha hecho construir Maximiliano. Permanece sola en la capital, donde le gusta dar por las tardes largos paseos en piragua en los lagos. O si no, va a la pequeña capilla del barrio de San Cosme, junto al viejo tronco "del árbol de la noche triste" en donde antaño Cortés, arrojado de la capital, había llorado.

¿Qué diversión podría arrancar a la emperatriz de su tormento? Al tormento de una mujer frustrada en lo más íntimo de su ser, y asimismo en las aspiraciones de su inteligencia.

*
* *

Acoge con alegría la idea de visitar Yucatán, una de las provincias más curiosas del imperio, casi únicamente poblada de indios, rica en monumentos mayas del pasado y de una vegetación lujuriante.

Primero, Maximiliano y Carlota debían ir allá juntos. Pero Bazaine ha logrado convencer al emperador de que su ausencia de la capital podría ser peligrosa desde el punto de vista político. Por otra parte, ¿por qué ir a Yucatán, provincia fiel al imperio en donde no hay juaristas? Ante estas razones, Maximiliano cede. Pero, como se puede decepcionar a una población leal que se regocija de la venida de los soberanos, decide que la emperatriz vaya sola.

Parte ella el 6 de noviembre acompañada de dos ministros, de los representantes de Bélgica y de España, del general Uraga, del consejero Eloin, de dos damas de honor, y protegida por una fuerte escolta de caballería. Es impracticable un viaje por vía terrestre. Van, pues, a Veracruz; Puebla y Orizaba le hacen a Carlota una recepción muy fría, muy diferente de la del año anterior. Los conservadores se han tornado hostiles al imperio. Pero en la revolucionaria Veracruz, recientemente tan poco acogedora, feliz sorpresa: ahora es indescriptible el entusiasmo. Los artesanos de la ciudad han tenido la idea de construir un carro de triunfo al que la emperatriz se ve obligada a subir. Los hombres tiran del carro, hasta el palacio. Tres días de fiestas, de iluminaciones. Carlota se siente conmovida por estas manifestaciones de amistad. Y el ministro belga declara: "Para pacificar, la presencia de Su Majestad vale por un ejército".

Finalmente, el 20 de noviembre, Carlota se embarca en el *Tabasco*, vapor mexicano al que acompaña la fragata austriaca *Dandolo*. La travesía es corta pero mala. "La más agitada que he hecho", dice la emperatriz. Se queda en el puente hasta en la noche, presa del mareo, y luego, "como un pájaro enfermo", debe pasar dos días en cama. Por lo demás, todo el mundo está en el mismo estado. Bajo el cielo negro como la tinta, el barco se balancea violentamente a causa de la agitación del mar, pero también por causa de su mala estructura.

Desde el momento en que pone el pie en tierra, el recibimiento le hace olvidar la terrible travesía. En Sisal lloran de alegría al verla. Una dama, designada como vocero, no llega a articular palabra por lo conmovida que se encuentra. Un sacerdote califica a la emperatriz en su discurso de "ángel de

paz que, habiendo atravesado el mar, llevaba en sus manos la prosperidad". Desde el momento en que Carlota entra en la casa donde vivirá, una muchedumbre trepa por las ventanas y se agarra de las verjas para mirarla. En Mérida, delirante entusiasmo. Está "cubierta enteramente de flores, de papelillos multicolores con poesías en su honor", e incluso se le arroja una paloma con un poema atado en la pata. Dondequiera guirnaldas, arcos de triunfo con flores, gritos de: "¡Viva el emperador! ¡Viva la protectora de Yucatán!" E incluso: "¡Viva el rey Leopoldo!" Ninguna palabra de México. "Todo es dinástico", observa Carlota satisfecha. En cada lugar del camino, durante muchos días se le aclamará. Se le llama con grandes gritos para que salga al balcón, y cuando aparece, la gente aúlla de alegría arrojando sus sombreros al aire.

Visita el hospital, las iglesias, las escuelas; preside banquetes donde los hombres son "vivos como andaluces, alegres con matices de galantería. Son monárquicos y aman la autoridad". Todo le encanta: la vista de las jóvenes indias con sus faldas amplias de encaje y sus velos transparentes, las bellas iglesias de piedras doradas, la pintoresca decoración de las calles, "de encantador efecto". Aquí, dice, "nada es americano... se tiene la impresión de la Edad Media".

Espíritu serio, preciso, no se contenta con admirar. Observa, quiere ver todo de cerca, y se hace instruir acerca del cultivo del algodón, del tabaco, sobre el estado de la justicia, sobre los problemas agrícolas y comerciales. Y sobre todos estos puntos le envía largas cartas llenas de detalles a Maximiliano.

Y sin embargo, al escribirle a su abuela, la reina María Amelia, deja traslucir la amagura que rechaza hasta el fondo de sí misma. "Si me véis ponerme más delante de lo que se tiene costumbre hacerlo, estad siempre persuadida que es por el deseo y por el bien de Max: no teniendo heredero ni otro príncipe, estoy provisionalmente obligada a desempeñar diferentes papeles..." ¡Nada de heredero! ¡Ésta es la preocupación lancinante! A veces deja escapar algunas palabras. "Las cosas están en manos de Dios. Si nos destina a hacer aquí algo que sea según su voluntad, le podrá dar a nuestra obra lo que sea necesario para su duración", le dijo un día a la condesa de Courcy.

*
* *

A su regreso, Maximiliano vino a su encuentro y ambos se dirigen a Cuernavaca. Pasada la excitación del viaje, la

emperatriz, fatigada, sobretrabajada, cae muy pronto enferma. Jaquecas, malestares, vértigos, sueño intranquilo. Se cree envenenada y lo repite con insistencia. En torno de ella se murmura que debió beber toloache, esa planta tóxica que provoca desórdenes mentales cuando no mata en el acto. ¿No sería eso una venganza del jardinero? Maximiliano, cosa extraña, está también enfermo de una disentería que ya no se le curará. Recibe una carta anónima en la que se precisa que la emperatriz tomó, sin saberlo, un veneno.*

El 6 de enero, Maximiliano entra sollozando donde se halla la emperatriz. El correo norteamericano trajo la noticia de la muerte del rey Leopoldo. Carlota se siente trastornada. "¡Lloramos juntos! Todo el país toma parte en nuestro dolor..." Fue el 10 de diciembre cuando murió el rey. Carlota se acuerda de que aquel día se encontraba en Becal, en Campeche, hospedada en casa de un viejo cura que había adornado su casa con una banderola en donde se leía la inscripción: "¡Viva el rey Leopoldo y gloria al gran Monarca!" Poco después, pasando por Halacho, había sido recibida con entusiasmo por los indios a los gritos de "¡Viva el gran Leopoldo!" La habían conmovido estos homenajes espontáneos. Así, en el momento en que se aclamaba a Leopoldo, éste se hallaba en agonía. En el mar, en el momento en que regresaba de su viaje, se le había entregado una carta de aquel padre bienamado, una carta de aquella mano augusta y venerada, que le hablaba todavía de política con su lucidez acostumbrada. Así, en su lecho de muerte, les había escrito a sus hijos. "Lo que cuenta en América es el éxito. Todo el resto no es más que verborrea poética y despilfarro de dinero".

Los arcos de triunfo se remplazaron por colgaduras de duelo en las ventanas. Y Carlota recibirá los periódicos belgas encuadrados de negro, y cartas de sus parientes que le darán detalles de los últimos momentos del rey. Éste se había despedido de sus hijos, de sus nietos, de sus amigos. Había murmurado muchas veces un nombre: Carlota. El nombre de sus dos grandes amores, su primera mujer y su hija, confundidos en un mismo recuerdo.

Triste, agotada, Carlota es presa de una tensión nerviosa que acaba con su vitalidad. "Envejezco. No son los años los que me pesan, sino un no sé qué dentro de mí. Me atormenta la

* Más tarde, el abogado norteamericano Federico Hall, que participa en el proceso de Maximiliano, declara que el autor de esta carta anónima, una mujer, le confió a una persona que él conoce: "Oí decir cosas que me parecieron completamente fundadas afirmando que se le había dado un veneno a la emperatriz".

ansiedad..." ¿Piensa en estas palabras de Leopoldo: "En América lo que cuenta es el éxito?" ¿El éxito? ¿Empezará a dudar de él Carlota? Tiene demasiado orgullo para admitir la posibilidad de un fracaso. La expedición de México "es siempre lo que ha sido, escribe, una idea atrevida, difícil. ¿Pero dónde hay mérito sin riesgos? Fundó ella un imperio que es nada más una quimera..." En cuanto a ella, no es de las que quisieran embarcarse de nuevo "porque haya tres o cuatro nubes en el cielo, o cinco o seis escollos en la costa". Cualesquiera que sean los obstáculos, la vida en México es, afirma, "cien veces preferible a la de Miramar. Por mi parte, prefiero una posición que ofrece actividad y deberes e incluso dificultades, que contemplar el mar hasta la edad de setenta años. He aquí lo que he dejado; he aquí lo que he adquirido. Ahora, haced balance y no os admiréis de que ame a México".

¿No traiciona este lenguaje la tenacidad de su rencor respecto de Miramar, de Miramar tan íntimamente ligado a Maximiliano? ¿No explica por qué la mujer decepcionada se agarra a su trono, a aquel trono que siente ya que se tambalea?

XI

LA RUPTURA CON FRANCIA

En el verano de 1865, Maximiliano le escribió a su suegro: "No me hago ilusiones respecto de la destrucción del nuevo edificio en el que trabajamos si está expuesto a las tempestades y yo puedo perecer con él, pero nadie puede quitarme la conciencia de haber trabajado con abnegación por una idea sublime, y esto vale más y es más reconfortante que enmohecerse en la inacción en la vieja Europa".

Y Carlota, en enero, a Eugenia: "Durante los seis primeros meses todo el mundo halla encantador al gobierno; tocad cualquier cosa, poned la mano a la obra y se os maldice. Es la nada que no quiere ser destronada. Vuestra Majestad creería probablemente como yo que la nada es una sustancia manejable. Al contrario, en este país se choca contra ella a cada paso, y es granito, es más poderosa que el espíritu humano, y únicamente Dios podría doblarla. Ha sido menos difícil construir las pirámides de Egipto, de lo que sería vencer la nada mexicana..."

En estas líneas se trasluce el desencanto. Los ojos están ahora abiertos. Huyeron los sueños. De una parte y de la otra. Los soberanos son conscientes ahora de los obstáculos que tienen que vencer, y los mexicanos dudan de que Maximiliano sea capaz de establecer el orden. Durante el año que ha transcurrido se han promulgado muchos decretos, pero se tiene la impresión de que no se ha hecho nada práctico, serio, útil. Un periódico que es, sin embargo, partidario del imperio, la *Era Nueva*, "se pone a representarnos como a tontos, comprueba amargamente Carlota. Llama la atención sobre los